

Noventa años de Jaime Sabines

Un poeta de filosofía perenne

Pilar Jiménez Trejo

El próximo 25 de marzo, Jaime Sabines habría cumplido nueve décadas de vida. Voz lírica de temple intimista y melancólico, la de Sabines es una de las escrituras más preferidas por los lectores de todas condiciones en el contexto de la literatura mexicana del siglo xx. Las siguientes páginas buscan recuperar, también, la forma vital que tenía Sabines de concebir la vida y la poesía.

*Poetas, mentirosos, ustedes no se mueren nunca.
Con su pequeña muerte andan por todas partes
y la lucen, la lloran, le ponen flores,
se la enseñan a los pobres, a los humildes, a los que
tienen esperanza.*
JS

“La casa no me protege de la muerte”, advirtió en un poema Jaime Sabines (“Doña Luz (XXI)”, *Multiempo*), pero fue su obra la que lo hizo perenne. Para sus contemporáneos y las generaciones que le siguieron en el siglo xx fue un escritor definitivo, “un pacto nacional que suscriben poetas, estudiantes, intelectuales, prófugos de la abogacía, entusiastas del bolero, políticos, burócratas, periodistas”, así enumeró Carlos Monsiváis a sus lectores al referirse a ellos como la Orden de los Amorosos: “si la poesía convoca multitudes no todo está perdido”. Ahora el autor de *Tarumba* (1956) sigue siendo determinante para nuevos y jóvenes lec-

tores que lo buscan como a un credo. Pese a que Sabines intentó mantenerse alejado de los círculos literarios, la vida pública, los trabajos intelectuales, su angustia por encontrar la belleza en los resquicios más adoloridos de la divinidad lo convirtió en el poeta más leído de México.

“Uno no vive para hacer poesía: vive porque tiene que vivir, y hay que vivir, eso es lo importante. Aclaro: yo no hago poesía para vivir, ni vivo para hacer poesía”, cuenta en una de las muchas conversaciones que fueron construyendo el libro *Jaime Sabines. Apuntes biográficos* (Tusquets, 2014).

Este 25 de marzo Sabines cumpliría 90 años, y es muy probable que si se presentara para leer parte de su *Recuento de poemas*, en un festival de poesía, en la FIL, en la Sala Nezahualcóyotl o en el Palacio de Bellas Artes, volvería a colmar esos recintos con sus lectores como lo hizo al cumplir 60 años, y luego 70; esto sucedería si el

poeta no hubiese muerto la mañana del 19 de marzo de 1999, víctima del príncipe cáncer.

Como él lo vaticinó en su poema “El peatón”, “Jaime Sabines es un gran poeta [...] O simplemente, pero realmente, un poeta”, y sus libros *Horas* (1950), *Mal tiempo* (1972) o *Algo sobre la muerte del mayor Sabines* (1973) siguen reeditándose en México y en otros países de habla hispana; nuevas versiones antológicas aparecen en inglés, francés, alemán, italiano, ruso, chino e incluso árabe, idioma materno de su padre, el mayor Sabines.

En años recientes sus lectores han tomado como hojas sueltas fragmentos del libro *Los amorosos: cartas a Chepita* (2009) o sus testimonios en entrevistas para postearlos o tuitarlos como si fueran trozos de sus poemas; apenas una delgada línea permite reconocer entre unos y otros, porque Sabines hablaba como escribía. En el prólogo al libro de esas misivas, Carlos Monsiváis refuerza la teoría de que el poeta a sus 22 o 23 años conversaba haciendo poemas:

Las cartas de Jaime Sabines a su novia, Chepita, con la que se casará y tendrá hijos, admiten claramente su publicación porque, además de atestiguar una vitalidad amorosa en pleno desarrollo, contienen ejercicios de prosa poética con fragmentos muy afortunados que remiten a la gran literatura que ya escribía Sabines entonces. En un sentido muy preciso, en el del mismo impulso lírico, partes de esta correspondencia se vinculan directamente con el ánimo de los dos primeros notables libros de Sabines, *Horas* (1950) y *La señal* (1951).

PARA QUE NO SE DESVANEZCAN LOS *POEMAS RESCATADOS*

En la década de los noventa, cuando el poeta estaba enfermo y recibía en su casa las visitas de algunos de sus amigos y devotos, se atestigua que el autor de *Yuria* (1967) tenía un puñado de versos inéditos para sus lectores, como lo cuenta en *Jaime Sabines. Apuntes biográficos*:

“En este tiempo, repasando mis libretas de poemas me di cuenta de que no publiqué muchos a pesar de que valían la pena. Mis hijos me dijeron: ‘Léelos, papá, vas a ver que eliminaste muy buenos poemas’. Así que en los últimos años he sacado algunos en revistas. Pienso revisar carpeta por carpeta, tengo veintitantas libretas, con infinidad de poemas inéditos; entonces les ponía una cruz y ya sabía: ‘Este no y punto’, pero luego encontré muchos de ellos que merecían ser publicados. Quiero publicar un libro que se llame *Poemas rescatados*, porque los voy a rescatar del olvido. Algunos los taché simplemente porque no había expresado totalmente la emoción que tenía en ese momento, o porque quizá no me funcionaban para el libro que tenía en mente, y los dejé así, marginados. Después nunca volví sobre ellos.

”Creo que fue en 1997 cuando vino a visitarme Carlos Monsiváis; tenía pendiente regalarle un poema, porque él coleccionaba originales de poemas para ponerlos en una pared de su casa. Incluso antes, cuando fui diputado, me había hecho esa petición, y yo traje la cuartilla en mi saco durante varias semanas pero él no apareció. Uno de esos días vino a mi casa y pedí a una de mis hijas que me trajera unas libretas para que las viera. Monsiváis empezó a hojearlas.

”—¡Qué bruto eres, nunca corriges! —me dijo.

”—Esa es mi manera de escribir; no digo que eso le funcione a todo mundo. Tengo un amigo, Marco Antonio Montes de Oca, que corrige cien veces un poema; es su manera de hacerlo. No estoy dando fórmulas. Mi manera de ser es esa. Arranca el poema que quieras —le respondí.

”—No, me da pudor, no sé cuál arrancar. ¿Por qué no publicas tantos poemas buenos que tienes aquí? —me dijo.

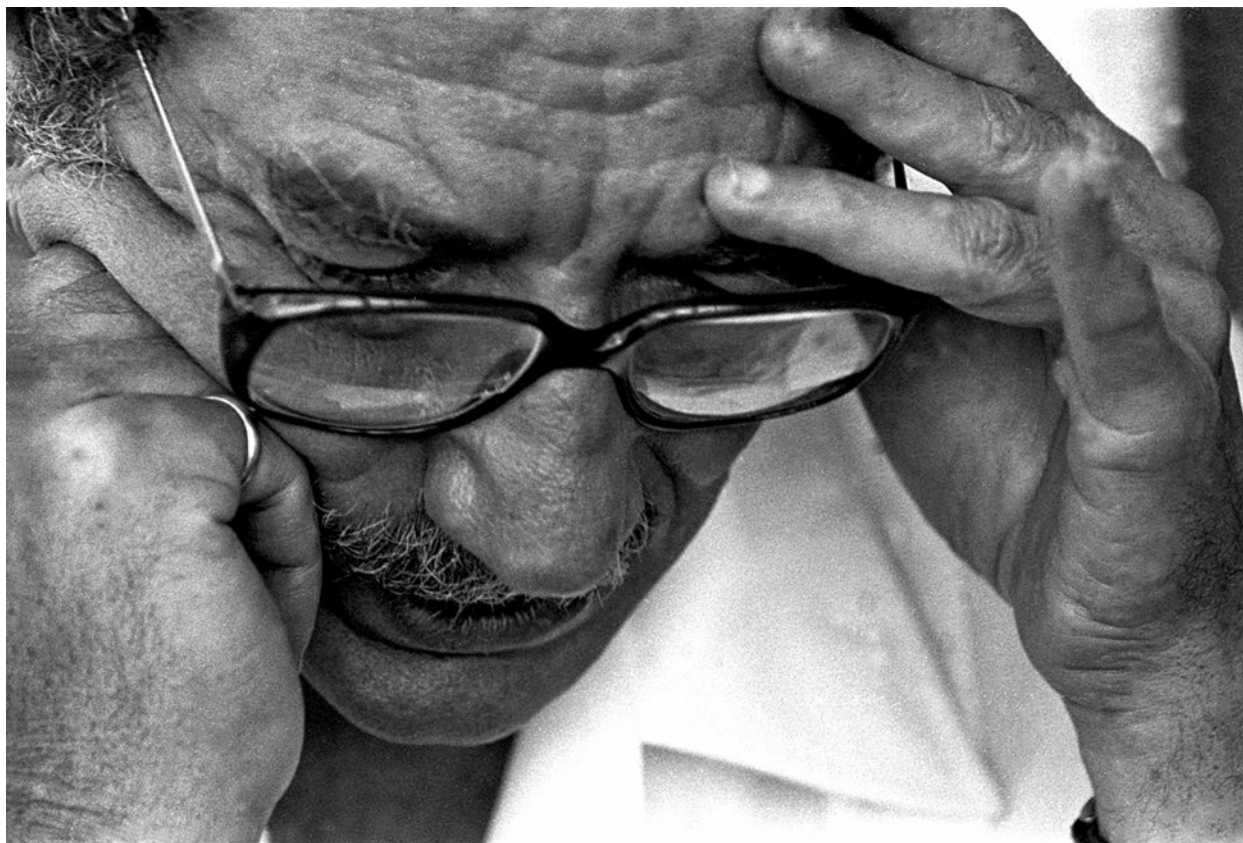
”Lo mismo me habían dicho mis hijos Judith y Julio. Me puse a repasar aquellas libretas y me dije: ‘¡Es cierto!, este poema está bueno, y este también...’. Comencé así a armar los *Poemas rescatados*, un material de muchas épocas, desde 1948 para acá. Es un trabajo sencillo; leer el poema, quizá cambiarle una que otra palabra y decir: ‘Te perdono la vida’”.

Jaime Sabines quería rescatar esos poemas, y le había propuesto a Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco que le ayudaran en una segunda revisión y el prólogo para el libro. La muerte lo impidió.

En “El escribano de la vida”, un artículo publicado por esta *Revista de la Universidad de México* (número 27, mayo de 2006) con motivo del 80 aniversario del nacimiento de Sabines, Aurora Ocampo, creadora del admirable *Diccionario de escritores mexicanos. Siglo XX*, al referirse a una reciente edición del *Recuento de poemas, 1950-1993*, el volumen que reúne la poesía completa publicada por el poeta en sus diversos libros, se preguntaba:

¿Esta realmente toda la obra? Habría que revisar los poemas que publicó en antologías, revistas, diarios y suplementos de la Ciudad de México y de la provincia para que se pudiese algún día publicar realmente su obra poética completa; así como preguntarle a su hijo Julio si la familia no tiene por ahí obra inédita de su padre. Esa poesía que es, a fin de cuentas, un diálogo consigo mismo y por ende, con nosotros sus lectores, que al hacernos cómplices de ella, como él, nos sentimos solos, como él, nos rebelamos, como él, amamos y, como él, dialogamos con la vida y con la muerte. Sabines ha logrado ese diálogo con seguro instinto poético y con dolida ternura, lo que hace de su poesía algo entrañablemente nuestro.

Esa titánica labor la han heredado sus hijos Julio, Judith y Jazmín, quienes en este tiempo han intentado



Jaime Sabines

clasificar el archivo del poeta, un trabajo emocionalmente monumental en muchos sentidos, en el que, además de revisar las carpetas para seleccionar los *Poemas rescatados*, tienen que digitalizar decenas de documentos, catalogar cientos de libros y la vasta obra gráfica que pintores y fotógrafos hicieron al poeta, entre otros objetos; un acervo que se pretende forme parte de una fundación y que serviría para que estudiosos, académicos y lectores la consulten. Un trabajo necesario que impediría que el polvo del tiempo desvanezca los manuscritos del poeta, y para el cual la familia está buscando la manera de realizarlo.

Pues a pesar de su fama y popularidad, Sabines reconocía que nunca vivió de sus libros:

“El único librito que realmente me dejó dinero fue uno que en 1997 editó Telmex para regalar a sus suscriptores. Lo titulé *Recogiendo poemas*. Tenía un prólogo de Carlos Monsiváis y la portada era una fotografía de Graciela Iturbide: ahí estoy con mi Lira, uno de los perritos que tenía cuando viví en mi rancho de Yuria. Fue el que más lana me dejó en toda mi vida: tuvo un tiraje de quinientos mil ejemplares. De regalías me dieron un peso con cincuenta centavos por cada ejemplar.

”Pude conciliar a la poesía con trabajos de comerciante; vendí telas, un oficio de ascendencia mediterránea, y no me involucré en ello: era un pinche trabajo y ya. Lo mismo con el alimento para animales: eran labores manuales en las que el intelecto intervenía nada más para saber los precios y los ingredientes en la calidad del producto, no hay nada aparentemente creati-

vo. Esa ha sido una constante en mí porque siempre he querido tener libertad para escribir: me alejé de todo lo que me podía perjudicar.

”Lo que aprendí de esos trabajos es que en la vida hay que joderse, y que en verdad el trabajo es una cabrona carga que Dios nos puso. Estos trabajos me dejaban más tiempo libre. Me refiero al tiempo interior, no al tiempo del reloj. Mi tiempo íntimo, mi tiempo vital, lo usaba con entera libertad”.

El último poema en vida que publicó Sabines fue “Me encanta Dios”, y sobre él contó:

“Siempre he tenido un sentimiento religioso de la vida, aunque en realidad podría definirme como un agnóstico, como alguien que no cree en los términos tradicionales. Y sin embargo, en mi poesía y en mi vida diaria constantemente estoy hablando de Dios, desde que tenía 19 o 20 años. Dios es una palabra que me sirve para darle significado a todo lo que ignoro, lo que desconozco. Dios es la medida de nuestra ignorancia. En la Biblia, Dios manda destruir ciudades y eso no es propio de un dios de bondad. Ahora, ¿qué pasa con Buda? Con Buda tengo una discrepancia enorme, pero me encanta. Leí vorazmente su biografía. Conozco muchas anécdotas tuyas, de su desprendimiento de las cosas. Pero Buda llega a una conclusión tremenda: dice que la causa de todos los males del hombre, de todo el dolor del hombre sobre la Tierra, es el deseo. Entonces, ¿qué tipo de hombre va a ser uno si deja de desear? Hay que cortarse los brazos y las piernas, no caminar y no vivir. Él quería la inmovilidad total, y tal vez a través de ella se

JAIME
SABINES

LENT ANIMAL AMER

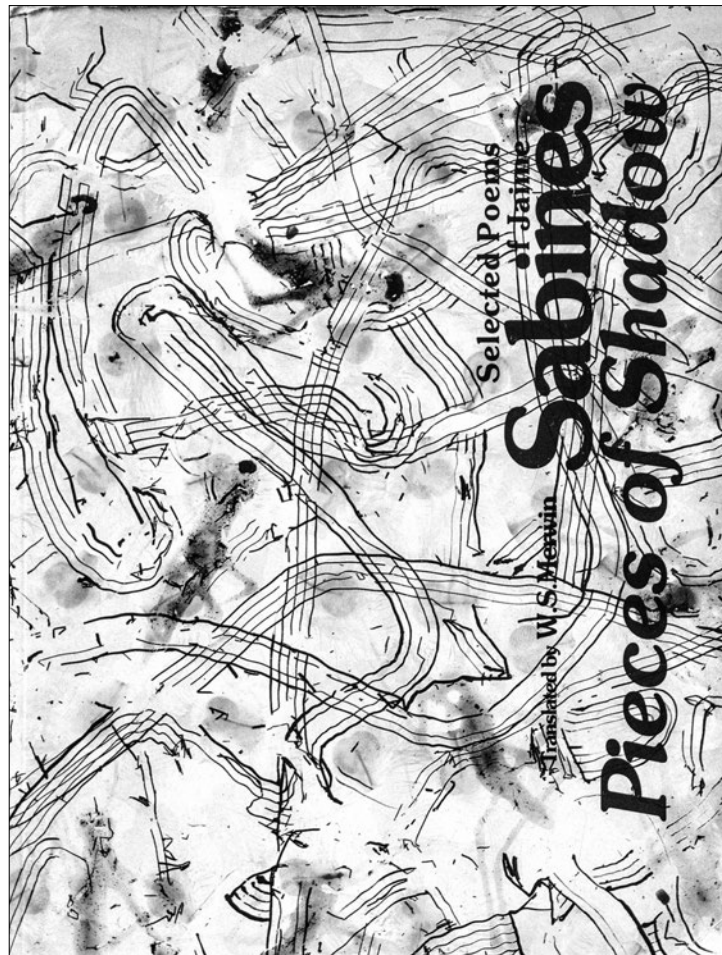
EDITION BILINGUE

PRÉSENTÉ ET TRADUIT DE L'ESPAGNOL (MEXIQUE) PAR
JEAN-CLARENCE LAMBERT

DESSINS DE
CRISTINA RUBALCAVA

Caractères

cahiers latins/



alcance el nirvana. Pero no me convence su ideología, porque Buda llega a abolir el deseo, y al hacerlo se deshumaniza. No se puede vivir a su manera. Pienso que sin desear no podríamos vivir. El deseo es la clave de todo, del dolor pero también de la alegría. El deseo es parte del camino que recorreremos, es nuestra necesidad. No se puede dejar de desear. A veces me preguntan: '¿Cómo es que has aguantado tantas operaciones quirúrgicas?'. Las he aguantado porque deseo vivir. Yo no creo en la reencarnación, pero si existe, qué bueno.

"De joven me sentí muy culpable de todo. Era mi problema, me sentía culpable de mí mismo, de las cosas a las que amaba. Me sentía responsable ante la gente, ante los que me querían, por mi conducta, por mi manera de ser. Vivía con la culpa, pero con los años se me quitó esa sensación. Ahora que tengo más de setenta años, no entiendo cómo fue, ni me di cuenta en qué momento desapareció. Tal vez cuando ocurrió mi accidente. O quizá no, porque después de tres años de estar en cama le escribí un poema a Dios para reconciliarme con él. Se llama 'Me encanta Dios'. Después de esas operaciones, pensé en Dios como un viejo magnífico. Y me preguntaba: bueno, sí hice daño, sí me porté mal... No sé, si fuera católico diría que sí, he pecado mucho, pues este es el castigo: la enfermedad. Llegaba la octava, la novena o la décima operación, y me decía: bueno, si le debía algo a alguien, ya lo pagué; pero si me operan

veinte veces y veinte veces estás en el quirófano, entonces uno piensa: 'Ya me sales debiendo, Diosito'. Ese fue el momento en que nos entendimos y nos perdonamos. Lo sé porque ya lo he perdonado por todo este tiempo que me ha hecho estar enfermo. No es que Dios no me quiera sino que a veces está un poco distraído y descuida a sus hijos. Con toda el alma, creo que hay que vivir perdonándonos a nosotros mismos por nuestros crímenes y los que cometen los demás. He pensado en Dios constantemente desde que aparecieron los dolores. ¿Cómo concibo a Dios? Nunca he tenido la idea de un Dios antropomorfo, de un Dios hecho a imagen y semejanza del hombre. Para mí, Dios es una palabra que nos ayuda, y más que eso, Dios es la palabra que nos explica la enorme ignorancia del hombre sobre la Tierra. Dios es lo desconocido, lo incógnito, nuestra propia ignorancia de la vida. Ese poema lo escribí sobre las rodillas, sentado, porque tenía la necesidad de escribir.

"A lo mejor ya no vuelvo a escribir. Si eso sucede, no me preocupa en lo más mínimo, y no creo que el mundo vaya a perder nada. No sé si este tiempo en cama afectó mi imagen. Nunca me preocupó la buena o la mala imagen de Jaime Sabines: siempre me ha tenido sin cuidado. El poeta no es como un actor que deba estar en las candilejas perpetuamente. ¿Nací poeta? Esto no tiene más respuesta que sí. El que nace poeta también debe hacerse poeta a través del trabajo, del es-

fuerzo. Eso es fundamental. Si alguien va a tocar una guitarra, debe saber cuáles son las cuerdas, cuáles son las notas, ejercitarse. No se puede ser un buen poeta si no se escribe cotidianamente, con una gran disciplina. Claro que eso de *cotidianamente* hay que tomarlo con ciertas precauciones, porque no es lo mismo un novelista, que puede tener una disciplina férrea y decir: ‘Me siento en mi escritorio y voy a escribir de las diez de la mañana a las tres de la tarde’. Ya tiene sus personajes, sus temas, su argumento y todo es trabajo de redacción, según su estilo. La poesía no puede ser así; yo no puedo decir a las musas: ‘Vénganse de diez a tres’. Además, aunque haya deseado escribir, físicamente no puedo. ¿Cómo escribir doblado sobre la rodilla derecha? Me canso a los cinco minutos. Y nunca he podido dictar, aunque intenté dictarles algunos poemas a mis hijos cuando estaba en el hospital”.

“Me encanta Dios” está en la última versión de *Recuento de poemas, 1950-1993* (Joaquín Mortiz), reeditada en 2012, un libro en el que hay una minuciosa revisión por parte de Judith, Julio y Jazmín Sabines. “Nos impulsó el deseo de corregir las erratas surgidas en los múltiples procesos de reimpresión de los poemas de mi padre”, cuenta Julio: “el poeta ya había encontrado muchos errores que se iban corrigiendo en los nuevos tirajes; pero siempre aparecían nuevos, ya que se debía recapturar todo el texto para la impresión. Incluso se llegaron a perder líneas o poemas completos, y recuperarlos en lo que trabajamos. Nos dimos a la tarea de confrontar las últimas reimpresiones de la obra con las primeras ediciones de cada libro, y esas a su vez con los manuscritos originales, para lograr así una edición lo más limpia posible de su obra. Y si bien el volumen puede no estar exento de errores, sí constituye lo más cercano a la obra tal como la escribió el poeta”.

“TE DICEN DESCUIDADO PORQUE ESTÁN ACOSTUMBRADOS A LOS JARDINES, NO A LA SELVA”

Desde su primer libro, *Horas*, Sabines fue un poeta que se rebelaba contra los lugares comunes, una voz propia con una poesía aparentemente sencilla y directa, que sin esfuerzo daba en el blanco provocando un fatalismo que culmina donde la vida renace.

En el libro *Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos* (1985), en el que Mónica Mansour reúne las opiniones de varios críticos y escritores sobre el poeta, Octavio Paz opinaba en 1966: “Jaime Sabines se instaló desde el principio, con naturalidad, en el caos. No por amor al desorden sino por fidelidad a su visión de la realidad”. Casi una década después, al publicarse el *Nuevo recuento de poemas* en 1977, José Emilio Pacheco aseguraba: “Sabines se equivoca como todos pero acierta como pocos”.

Para el poeta Sabines la poesía era carne y sustento: “Soy de los que piensan que no hay temas especiales para la poesía, que se puede hablar de todo, y que en todo se puede encontrar.

”Me he preguntado muchas veces cuáles son los límites de la poesía (hasta dónde es lícito ensuciarla, revolverla en lo cotidiano, emputecerla como a una esposa, llevarla a la blasfemia como a un santo, a la traición como a un héroe, al horror como a un niño; retorcerla, colocarla en lo absurdo; darla a los monstruos)... Pero, ¿cuáles son los límites míos? Creo que uno es el aspecto estético y otro el moral. El único límite de la poesía es la verdad, la autenticidad, la conformidad con el hecho emocional.

”Creo en la inteligencia y, por supuesto, creo en la poesía. En lo que no creo es en la poesía fabricada en asépticos laboratorios literarios. Una poesía hecha con guantes y a veces hasta con pinzas desinfectadas. Muy perfecta, muy bonita, muy inteligente, y para qué, para quién. Desconfío de la poesía y de la inteligencia cuando no están manchadas de sangre. Deshumanizaremos el arte en el momento en que nos deshumanicemos nosotros mismos, cuando nuestra literatura, por ejemplo, sea tan fría que podría haber sido escrita por una computadora. Hay quien dice que la literatura será cada vez más un código que deben descifrar los especialistas. También la música, y la pintura, y nuestras vidas mismas. ¿Y por qué? Porque cada vez tenemos más miedo a ser débiles, a caer en el ridículo, a ser cursis, a repetir lo que ya se ha dicho, como si la literatura no fuera una constante repetición de los mismos temas. Y, bueno, tal vez consigamos impedir que el arte salga a la calle para que no pesque alguna infección; mantenerlo siempre en el laboratorio, lejos de ese polvo molesto que se cuele en la vida diaria y nos provoca constantes estornudos. Una vez a Faulkner le criticaron que en sus novelas había mucha paja, y contestó que no sólo había paja sino lodo, tierra, hojas secas y huesos rotos, como los hay en la vida misma. ¿Para qué queremos un arte *perfecto, puro, autónomo*, si nosotros no somos así, si no nos vamos a reconocer en él? ¿Para qué va a servirnos?

”La poesía es como la revelación de las cosas. La poesía entendida como la comunicación de la emoción humana; si no hay emoción puede haber muy buenas ideas, pero no trata de ideas. Tampoco es cosa de que se escriba con los pies... La poesía trata de instantes, de momentos de la vida en que se debe transmitir una emoción. Es un descubrimiento de la verdad del mundo, de las cosas que te rodean.

”El dolor humano es contagioso, se contagia el dolor con la mayor prontitud. Si veo llorar a una persona, las lágrimas son de lo más contagioso del mundo; en cambio, si es la alegría, si es el gozo de vivir, es mucho más difícil de expresar. Pocos artistas, músicos, pintores o es-

critores han contagiado la alegría. En la poesía es mucho más difícil contagiar la alegría que el dolor, porque la alegría casi es una cosa exclusiva, casi es una cosa cerrada y permanente de nosotros. En cambio, el dolor es un hilo que nos ensarta a todos.

”La poesía puede ser una reflexión pero no tiene que ser ni discursiva, ni ideologizada; es el contacto de una emoción contigo mismo: te transmite siempre una emoción. Si no necesitas conmoverte o emocionarte, pues lee un libro de filosofía o de sociología. Si vas a buscar poesía, buscas la emoción del alma humana, el temblor del hombre: eso es lo importante.

”Lo que hace la poesía es revelar el mundo. Desde joven mantuve una polémica con Fernando Salmerón, mi gran amigo, sobre el poeta y el filósofo y la búsqueda de ambos por encontrar la verdad. Yo le decía que el poeta y el filósofo coinciden en el propósito de encontrar la verdad de las cosas, pero no llegan a ella por el mismo camino. Creo que el poeta le corta la vuelta al filósofo, pues este llega a la verdad a través del razonamiento, de la lógica; mientras que el poeta lo hace por medio de la intuición, por un camino mucho más corto. Y él me decía: ‘No, compadre, el filósofo es otra cosa’. Le insistía en que el filósofo va en búsqueda de la verdad por el largo camino del estudio, del conocimiento, la comprensión, mientras que el poeta se brinca todo eso, y se va por la intuición. Fernando era mi contacto con la filosofía en serio, era un gran estudioso del tema y me insistía en que no era así. Como tres años después, un día me dijo:

—Fíjate, compadre, que Heidegger tiene como libro de cabecera *El principito* de Antoine de Saint-Exupéry y, ¿sabes lo que dice?, que el poeta llega a la verdad por el camino de la intuición, como tú ya me lo habías dicho. Heidegger afirma que los poetas coinciden con los filósofos en algunos aspectos.

”La poesía sirve para ayudar a las gentes que se ponen a contemplar este mundo destruido y abstracto, pero no para corregirlo. Cada lector crea su propio mundo a través del poema, es decir que el poema puede tener el sentido que el poeta le da, pero este sentido es absorbido de diferentes maneras por cada lector. En ese sentido la poesía es como un río que fluye y cada quien se acerca a beber de manera diferente.

”Siempre he pensado que el poeta es el testigo del hombre y de la vida, que no se puede hacer poesía en una campana neumática donde el poeta esté totalmente aislado de la realidad; aparte de que escribe de manera cotidiana los sucesos, pienso que lo único que hace uno con la poesía es dejar testimonio del paso del hombre sobre la Tierra. Para que la poesía realmente fluya, uno de los deberes del poeta para consigo mismo es ser auténtico. Muchas veces siento uno que es como un dictado que se va almacenando en el subconsciente del hom-

bre y que en el momento de escribir sale, surge, como escritura, lo que el poeta ha guardado durante días.

”Conozco poetas que trabajan un poema durante meses; en mi caso nunca ha sido así. En ese sentido sí creo en la espontaneidad de la poesía, pero desde luego no pienso que la poesía se deba hacer con los pies; se debe hacer con la cabeza, no predominando el intelecto: la poesía es emoción más que nada, y el intelecto debe quedar subordinado a la emoción. La poesía es la comunicación de la emoción humana: si no hay emoción, puede haber muy buenas ideas, pero no se trata de ideas, se trata de instantes de la vida, de momentos en que se ve transmitida la emoción; es un descubrimiento de la verdad del mundo, de las cosas que te rodean. Siempre he creído que la literatura puede ser un oficio pero también una desocupación. La poesía es otra cosa: es un destino. Es algo que se hace fundamentalmente con palabras, con emociones, con sentimiento.

”Uno encuentra que la poesía se realiza en la satisfacción de descubrir que hay alguien a quien le sirvió para vencer un momento de soledad o una angustia o un pesar, por contagio de los pesares del poeta, por sentir alivio de que el sufrimiento no está nada más en uno. En ese sentido soy un poeta intimista. Si no tiene un sentido ejemplar lo que me sucede a mí, no tengo por qué decirlo. Si me como un par de huevos tibios no tiene ninguna importancia, pero si me enamoro, eso sí importa, en cuanto que es un sentimiento que logra trascender. En ese sentido, hablo de las cosas que suceden.

”Hay dos alegrías: la del momento en que se escribe un poema, cuando se sabe que es un buen poema, que ahí nadie te ve, ni te está retratando, ni hay una periodista que te interrogue, ni cámaras de televisión, y tú puedes ponerte a bailar a solas en tu cuarto por el gusto de haber escrito; y la otra alegría, la de saber que te leyeron, porque de algún modo uno está buscando el amor de la gente.

”La vida es sencilla, pero uno la enreda y la complica. La poesía también es una forma de enredarla. Y luego te das cuenta de que la poesía te vino a corromper. Cuando la vida a lo mejor es simplemente despertarse por la mañana, desayunar, platicar del tiempo, tú quieres entregar algo a la gente y encontrar un sentido a todas las cosas. No podría uno vivir con las cosas sin saber qué son ni para qué sirven. Uno está en eso, preguntándose constantemente: ¿qué es esto y por qué?

”Qué cuento el del hombre y el poeta, ¿verdad? A lo mejor seríamos más felices si sólo viviéramos, si no nos preguntáramos nada. Eso sería el paraíso. El paraíso es una gran ignorancia, no cabe duda. Mientras tú te sigas preguntando ‘¿qué hago?’, ‘¿para qué sirvo?’, ‘¿qué hacen las gentes?’, no estarás cegado. Y normalmente está uno así todo el día: preguntándose. Yo siempre he estado así, desde que tenía 18, 19 años”.

Temprano constructor —sin proponérselo— de su propio personaje y de su mito, Jaime Sabines no sólo encontró desde muy joven su voz, sino también un estilo muy particular de ejercer la vocación literaria, alejándose la mayor parte de su vida de los círculos de la intelectualidad. Muchas veces optó por la distancia o el silencio, y ciertamente no practicó otro género que no fuera el de la poesía.

No en vano Sabines, el personaje, logró llamar la atención de uno de los más agudos narradores de su generación: Jorge Ibarguengoitia, quien lo describió con una buena dosis de humor en su cuento “La vela perpetua”, donde evoca su época de estudiantes universitarios:

“Un día subí al segundo piso de Mascarones y la encontré (a Julia) platicando con Jaime Salines (sic), el gran poeta, que ya desde entonces se creía Cristo Crucificado. Ella me vio venir con mi chamarra beige, mis pantalones beige, mi camisa beige y mis zapatos beige, muy quitado de la pena y me echó una mirada que me dejó helado. Cuando llegué junto a ellos, Julia me trató como si apenas me conociera y Salines, que estaba pensando en la condición humana, ni me miró”.

A cambio de la austeridad con la que edificó su fama intelectual, Sabines ejerció el arte de la conversación y desplegó en ella todo el peso de su intuición literaria y de su sabiduría proverbial, más cotidiana que doctoral.

Una personalidad que algunos han calificado de taciturna y muy parecida a la de Juan Rulfo, ambos militantes de la modestia. Sabines admiraba profundamente a Rulfo y lo consideraba un poeta extraordinario: “Es un poeta aunque haya escrito prosa, cuentos, novelas. La poesía está más allá de la forma de un texto. Su obra conmueve tanto como el mejor poema. Llega un momento en que toda definición de géneros desaparece ante un hombre como Juan Rulfo, uno de los grandes poetas de México”.

Sabines conoció a Rulfo en las reuniones que se hacían en la casa de Efrén Hernández, cuando el joven poeta estaba en la Facultad de Filosofía y Letras estudiando lengua y literatura castellanas en Mascarones.

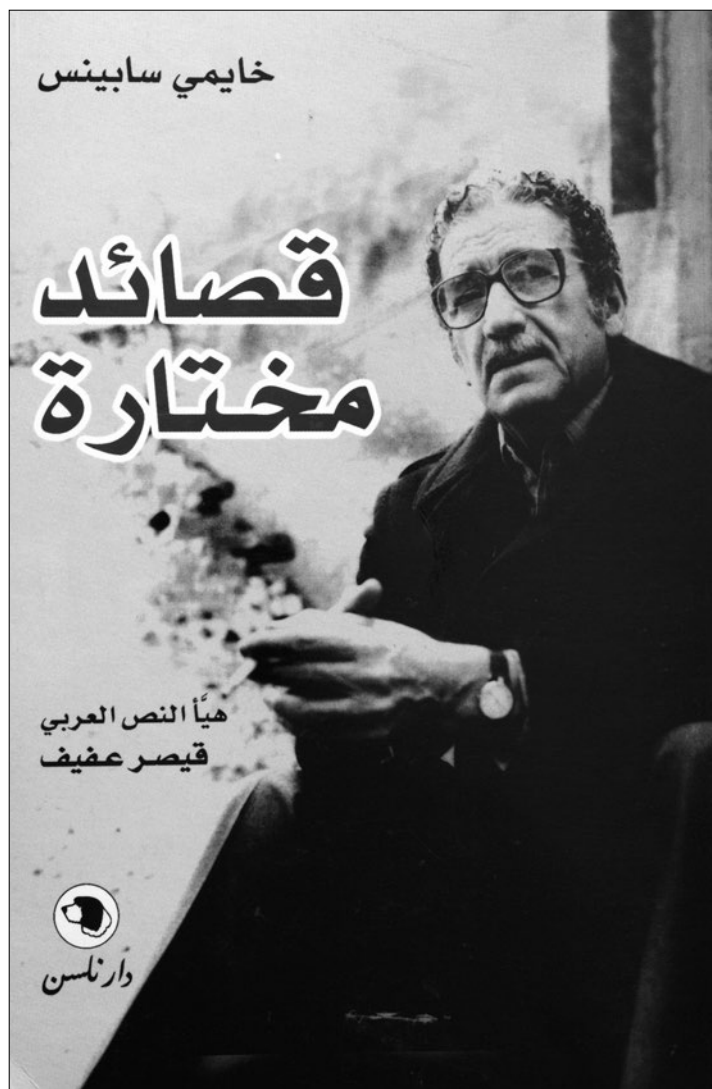
“Teníamos sesiones semanales en casa, vivía en Parque Lira. Era un sitio bellissimo. Efrén, que era una magnífica persona, en cierta forma nos apadrinó. Íbamos a visitarlo todos: poetas, novelistas, dramaturgos”.

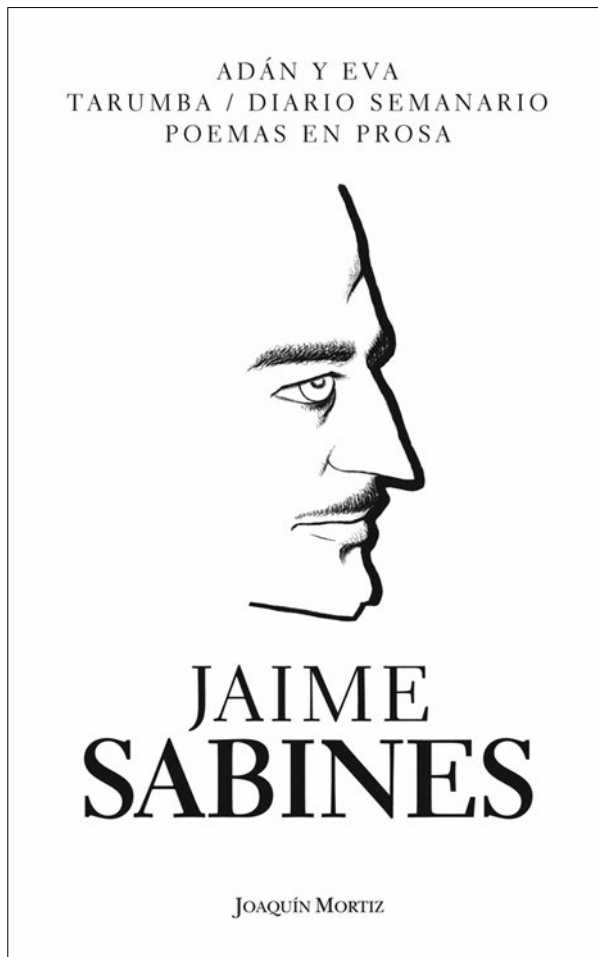
”Desde entonces me gustaba más bien llevar una vida marginal respecto a los intelectuales porque nunca me gustaron el coctel y la frivolidad que hay en el mundo literario. Claro que he tenido muchos amigos intelectuales con los que conservé la amistad desde que estábamos en la Facultad de Filosofía y Letras. Todos eran muy tratables de forma individual o en pequeños grupos, pero apenas se juntaban alrededor de una mesa

aquello se volvía una competencia, un maratón de ingenios, de agudezas, que a mí me aburrían y me parecían realmente chocantes.

”En esa época llegaba Pita Amor a querer robar cámara, cosa que generalmente lograba con base en grandes escándalos. Quería monopolizar la atención de todos, que la reunión fuera suya. Y lo lograba. Era la *genio*, sobre todo desde el momento en que Alfonso Reyes la declaró así públicamente. ¡Qué consagración! Y ella se lo creía, y se lo hizo creer a muchos... Juan Rulfo también se retraía como yo de aquellos encuentros de celebridades.

”Recuerdo que también nos gustaba reunirnos en un café o en una cantina para leer nuestras cosas. Al principio asistía también para conocer a escritores a los que admiraba como Rulfo, o conversar con mis amigos Emilio Carballido, Sergio Magaña, Sergio Galindo o Chayito Castellanos; aprender de ellos. Tomábamos tragos o café y la pasábamos a toda madre hasta que empezaban a sacar su vanidad y querer ser genios y saberlo todo. Eran reuniones de seis o siete. Recuerdo una en particular en la que nos reunimos con Efrén Hernández: una noche, sentados alrededor de una mesa, empezamos a leer de asiento en asiento. Cuando me iba a tocar, en





ese momento llegó Rubén Salazar Mallén; estaba bien cuete, y se paró en la puerta del lugar, comenzó a reírse y como en burla dijo: ‘Conque aquí están los genios, los grandes futuros escritores de México; a ver, ¿quién sigue con el *show*?’, y seguía yo. Saqué un poemita que está en *Horas*, que dice: ‘Poetas mentirosos, ustedes no se mueren nunca...’, y por ahí continúa. Al terminar, todos aplaudieron. Entonces Rubén se me acercó y me dio un abrazo; me preguntó mi nombre. Él escribía una columna en un periódico de la tarde, y al día siguiente en su colaboración habló de mí y dijo que había descubierto a un gran poeta mexicano. Y desde entonces fue mi promotor más grande, toda la vida, permanentemente.

”Años después, en 1962, la UNAM publicó mi primer *Recuento de poemas*, donde se recopiló casi todo lo que había escrito hasta entonces. Con ocho libros publicados, dos años más tarde, de 1964 a 1965, fui becario del Centro Mexicano de Escritores. Estaban como asesores Juan Rulfo, Francisco Monterde y Salvador Elizondo. Acudía todos los miércoles a leer y a escuchar a los otros becarios, entre los que estaban Juan Tovar, Alejandro Aura, Elsa Cross... La segunda parte de *Algo sobre la muerte del mayor Sabines* fue hecha durante esa beca.

”Con Rulfo, que era mayor que yo, me llevaba muy bien porque también era callado, discreto. En ese tiempo pude construir una buena amistad con él, y tuve mi incursión en el cine, porque me invitó a participar en la

película *La fórmula secreta o Coca-Cola en la sangre*, que dirigió Rubén Gámez, y para la que Rulfo escribió los textos y me pidió que hiciera la narración.

”En 1964, debido a la crisis del cine nacional, el Sindicato de Trabajadores de la Producción Cinematográfica (STPC) convocó al Primer Concurso de Cine Experimental, que Gámez ganó; él decía que porque fue el único que se tomó en serio eso de experimental. La música es de Antonio Vivaldi, Igor Stravinski y Leonardo Velásquez.

”Uno de sus hijos me contó que Rulfo aceptó escribir el poema para el filme ‘si y sólo si’ era leído por mí. Esa colaboración, ha dicho la crítica, es la primera razón por la que en el cine mexicano sobresale un medimetro como *La fórmula secreta* de Rubén Gámez, un fotógrafo de publicidad que se había destacado antes con el corto *Magüeyes* (1962), y hasta años después estrenó su primer y único largometraje: *Tequila* (1992).

”El guión no tenía un hilo argumental; más bien es mi voz la que va hilvanando la historia con el texto de Juan Rulfo. Esto es algo de lo que leí:

”Ustedes dirán que es pura necedad la mía, que es un desatino lamentarse de la suerte, y cuantimás de esta tierra pasmada donde nos olvidó el destino.

”La verdad es que cuesta trabajo aclimatarse al hambre. Y aunque digan que el hambre repartida entre muchos toca a menos, lo único cierto es que todos aquí estamos a medio morir y no tenemos ni siquiera dónde caernos muertos. Según parece ya nos viene de a derecho la de malas. Nada de que hay que echarle nudo ciego a este asunto. Nada de eso. Desde que el mundo es mundo hemos andado con el ombligo pegado al espinazo y agarrándonos del viento con las uñas. Se nos regatea hasta la sombra, y a pesar de todo así seguimos: medio aturdidos por el maldecido sol que nos cunde a diario a despedazos, siempre con la misma jeringa, como si quisiera revivir más el rescoldo. Aunque bien sabemos que ni ardiendo en las brasas se nos prenderá la suerte. Pero somos porfiados.

”Tal vez esto tenga compostura. El mundo está inundado de gente como nosotros, de mucha gente como nosotros. Y alguien tiene que oírnos, alguien y algunos más, aunque les revienten o reboten nuestros gritos. No es que seamos alzados, ni es que le estemos pidiendo limosnas a la luna. Ni está en nuestro camino buscar de prisa la covacha, o arrancar pa’l monte cada vez que nos cuchilean los perros. Alguien tendrá que oírnos. Cuando dejemos de gruñir como avispa en enjambre, o nos volvamos cola de molino, o cuando terminemos por escurrirnos sobre la tierra como un relámpago de muertos, entonces tal vez llegue a todos el remedio”. **U**

El viernes 19 de marzo de 1999 murió Jaime Sabines, que será recordado en una mesa redonda en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, en la Ciudad de México, este 29 de marzo de 2016.